



PREPARADOS PARA ESCUCHAR

ATIENDO A SU PALABRA

Evangelio según san Lucas 1, 39-45

En aquellos mismos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó:

«¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá».



ME PREPARO

Escojo un momento especial para regalarme este tiempo. Silencio ruidos, acallo miedos. Dejo que el Espíritu me acompañe y lo hago con un gesto sencillo: la señal de la cruz o una inclinación.

Para prepararme, me pongo en la presencia de Dios para mejor conocerle.

Leo con atención su Palabra en este Cuarto Domingo de Adviento y me ayudo del texto de la siguiente página.

PIENSO NUESTRAS PALABRAS

La alegría intuida el domingo pasado, el domingo de Gaudete, se desborda este domingo en dos mujeres ejemplares de fe en la promesa salvífica de Dios – María y su prima Isabel. Quienes escuchan y acogen la Palabra de Dios se convierten en portadores de la alegría del evangelio. Quien piense que alegría y buen humor traicionan la “seriedad” de la fe se equivoca. **Dios no es enemigo de la alegría**, al contrario, **el evangelio invita constantemente a la alegría**. La fe cristiana no extingue la alegría, sino que la alimenta y la fomenta.

Después del encuentro con el ángel Gabriel, María se apresuró a visitar a su prima Isabel para compartir con ella la alegría de su embarazo milagroso. Por haber acogido la Palabra de Dios desde la fe, **María se convierte en portadora de la alegría del evangelio** tanto que el niño en el vientre de su prima salta de alegría al escuchar su voz. ¡La alegría es contagiosa! Tanto María como Isabel son conocedoras privilegiadas del cumplimiento del designio salvífico de Dios: **¡Dios se hace hombre! Ésta es la causa de su alegría y no pueden contenerse.**

La alegría es desbordante y expansiva. Nos “descentra” sin alienarnos de nosotros mismos, sino que, como el amor, nos hace salir al encuentro de los demás para compartir con ellos nuestra alegría o, mejor dicho, la causa de nuestra alegría. La alegría verdadera señala su fuente al estilo de María – “mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador” - para hacer a los demás partícipes de ella. Una alegría no compartida se marchita porque la alegría crece al ser compartida. **Un evangelio no compartido no es buena noticia para nadie.** Pero si el evangelio es buena noticia para nosotros, ¿cómo no compartirlo?

O quizás la cuestión es si lo compartimos con alegría. El ánimo con que se comparte el evangelio es tan importante o más importante que el mismo hecho de compartirlo. Si la alegría es contagiosa, lo es también la tristeza. Una buena noticia transmitida tristemente se convierte en una triste noticia. Ya decía el famoso crítico del cristianismo, Friedrich Nietzsche, que creará en un Dios que baila y que creará cuando los cristianos tengan cara de salvados. La alegría vivida es una manera poderosa de testimoniar el evangelio como buena noticia.

Para parafrasear al papa Francisco, **una cara de funeral no facilita la comunicación del evangelio.** ¿Quién va a creer en una buena noticia comunicada con cara de vinagre? Los tristes siembran tristeza y los alegres, alegría. La alegría cristiana que no se basa en las circunstancias coyunturales puede ser provocadora incluso para aquellos que se han vuelto sordos al evangelio. Si pudieran ver en los cristianos la alegría de vivir el evangelio, se preguntarían de dónde les viene esa alegría. Ojalá la gente que ve a los cristianos de hoy dijese: “¡mirad qué alegres son!”

ME DESPIDO

Agradezco a Dios este espacio de intimidad. Agradezco las luces que he podido percibir de su presencia y me comprometo, con Él, a alguna acción (grande o pequeña) que me haga mejor. Puedo terminar rezando un Padrenuestro o un Avemaría, poniendo mi adviento en sus manos y confiando en su fuerza. Amén.

Textos elaborados:
P. Anthony Igbokwe CMF
P. Jorge Ruiz CMF

Diseño y fotografías:
P. Jorge Ruiz CMF